

## “Muerte, no sientas orgullo”

Por WILLIAM EDGAR

Queridos Richard, Christine y Stephanie, querida familia y amigos: deseo unirme a estas muchas voces y expresar, en nombre de mi esposa y en el mío propio, nuestras más profundas condolencias. Nos compadecemos con ustedes por esta gran pérdida, y queremos que sepan que no están solos. Hay, por supuesto, un sentimiento de soledad por esta tragedia que solo el Señor Dios, el Padre Celestial, puede confortar. Pero considerando que podemos ser sus amigos, sus ayudadores, sus compañeros en el duro viaje; estamos aquí por ustedes.

Esto será muy sencillo. Aquí hay algunas preguntas, son cinco, que bien puede ser que ustedes se las estén haciendo, y puede ser que todos nosotros las estemos haciendo en este momento. Si habrá respuestas, si habrá algunas palabras de consuelo, si habrá una revelación del cielo, entonces es bueno oír las propias respuestas de Dios para nosotros.

*Primero, ustedes estarán preguntando, ¿por qué? ¿Por qué esto tuvo que pasar? Tu compañera de vida, su madre, y nuestra muy buena amiga, arrancada a edad joven, a través de una cruel enfermedad. ¿Por qué? Están en buena compañía para preguntar. Nada menos que una persona espiritual como el salmista hace esta pregunta muchas veces.*

“¿Qué ganas con que yo muera, con que baje yo al sepulcro? ¿Acaso el polvo podrá alabarte?” (Salmo 30:9 NVI).

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?...” “Dios mío, te llamo de día, y no me respondes; te llamo de noche, y no hallo reposo” (Salmo 22:1-2 RVC).

Nada menos que un visionario como el profeta, igualmente lo pregunta.

“¿Hasta cuándo, Señor, te llamaré y no me harás caso? ¿Hasta cuándo clamaré a ti por causa de la violencia, y no vendrás a salvarnos?” (Habacuc 1:2 RVC).

Tengan por seguro que la fe cristiana nunca evade la pregunta. Tampoco hace que el mal sea algo menos que el mal. El mal es real. Es denso. Es obstinado. Es pervertido. No tenemos una religión de indiferencia, sino una que puede mirar la muerte a la cara y decir: “¿Qué estás haciendo aquí? Aquí no perteneces”. Algunos llegan a la conclusión de que no puede haber un Dios. Pero como el poeta inglés W. H. Auden descubrió, no podemos justificar nuestro sentido de lo correcto y lo incorrecto, del bien y del mal, a menos que haya un Dios trascendente. Como él lo escribió:

O bien servimos al Incondicional  
O algún monstruo hitleriano proveerá  
Una convención de hierro para hacer el mal.

Damos gracias que servimos a un Dios trascendente y bueno que tiene maravillosas respuestas para nosotros.

Pero, en tanto él es Dios y nosotros no lo somos, él a menudo no encuadra sus respuestas en los términos que requerimos nuestras preguntas. La primera respuesta que hallamos puede parecer estoica, pero no es así. Es la respuesta de Job, en medio de su gran sufrimiento, en tanto trata de aproximarse a Dios.

Me vuelvo hacia el norte, y no logro verlo; me vuelvo entonces al sur, y él se esconde de mí. Pero Dios sabe por dónde ando. (Job 23:9-10a RVC).

De una manera poderosa, esto es profundamente reconfortante. Dios conoce. Él me conoce. Él conoce por dónde ando. Nosotros no lo entendemos. No tenemos las respuestas. Dios sí. De todas maneras, ¿de qué serviría conocer todas las razones? ¿Qué reconfortante podría ser? Tal vez un poco. Pero no nos daría ninguna paz duradera. La gente se desespera por respuestas en momentos como este. Inventan cosas tontas como esta, “Dios la necesitaba en su coro”. O, el inocuo, “Fue una bendición”. O, “Qué hermoso testimonio”. No, estas son desesperanzadoras. Tratan de ignorar lo que es obvio acerca de la muerte. La muerte es el mal; veámoslo así. Pero Dios conoce. Él tiene sus razones. Y porque es un Dios que es bueno, sus razones son buenas. Como C. S. Lewis dijo en *Las Crónicas de Narnia*, “Él parece temible, pero él es bueno”.

*Segundo, ¿dónde estabas tú, Oh Dios, en todo esto? ¿Dónde estaba Dios cuando lo necesitábamos? Si él hubiese estado más interesado, ¿no hubiese prevenido esto? ¿No hubiera sanado a Karen, y ahorrado tanto dolor?*

De nuevo, esta pregunta nos pone en buena compañía. María y Marta, ambas, le hicieron a Jesús la misma pregunta acerca de la muerte de su hermano Lázaro. “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto”, comentaron ellas.

¿No estaba él allí? No, no estaba allí en la carne. Pero Jesús entrega dos respuestas que dejan claro que él estaba, está y estará allí. Él ofrece una presencia más grande y más significativa que la de simplemente estar físicamente cerca cuando ocurren cosas malas. Primero, hace esa extraordinaria declaración: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá” (Juan 11:25 DHH). Hay un mundo, mucho más real, y mucho más cierto, aun que este actual, triste mundo de pecado, miseria y muerte. Es el mundo de la vida, de la vida eterna. Es el mundo de conocer y de ser conocido por Dios. Es el mundo de comunión y amistad, y de conversación con él. Es la resurrección. ¿A dónde iremos para encontrarlo? A Jesús. Karen sabía eso, y ya estaba gozando ese aspecto de la vida de resurrección de la cual tenemos derecho aun ahora mientras estemos aquí. Nosotros que confiamos en Cristo estamos muertos al pecado y vivos para Dios, y la muerte ya no tiene más poder sobre nosotros. (Romanos 6:6-11).

Segundo, el mismo Jesús no solamente lloró, pero también estaba furioso por la muerte del hermano de ellas, Lázaro, quien además era su amigo. Y en su lamento de furia, fue hacia la tumba y lo llamó afuera. Con la voz que puso al universo en existencia, la voz que dio vida a los huesos secos del valle, Jesús llama a Lázaro por el nombre, y le manda que viva. ¿Cómo pudo hacer esto? Porque una semana más tarde, sufriría por los pecados del mundo, su voz no daría orden sino imploraría a un padre sordo. “¿Por qué me has abandonado?” E ingresaría en su propia tumba. Pero porque fue obediente hasta la muerte, él emergería impetuosamente de la tumba, pleno de un Espíritu dador de vida, lleno del poder de resurrección, que él entrega libremente a quien se lo pida. Karen sabía que él estaba allí, y aun a través de la triste realidad de su cuerpo quebrado, ella irradiaba la realidad mayor, sin valor de comparación, de la gloria de Dios.

Tercero, ¿Qué hay de bueno en esto? Si “todas las cosas ayudan a bien”, entonces, ¿por qué esto tiene que pasar? ¿Quién se beneficia de esto?

Tenemos que ser muy cautos aquí. El sufrimiento no es bueno. El mal está en contra del bien. La muerte es un enemigo. La Biblia condena a la gente que llama bien al mal, y mal al bien (Isaías 5:20). Entonces, cuando dice “todas las cosas cooperan o colaboran para bien” [versiones NTV y LP], no significa que todas las cosas son buenas. La idea clave es *colaborando*. O, dicho de otro modo, todas las cosas *concieren para bien*.

Entonces, ¿qué bien puede brotar de este mal? Por algo, Dios es conocido en la debilidad. Nosotros los estadounidenses tenemos dificultad con esto. Y creemos que Dios se debe identificar con el éxito. Pero la Biblia tiene otro punto de vista. Jacques Ellul es uno de los autores favoritos de Richard. Escuchen lo que Ellul dice: “Él es un Dios incógnito que no se manifiesta a sí mismo en la gran música de órgano o en sublimes ceremonias, sino que se oculta a sí mismo en la sorpresiva cara del pobre, en el sufrimiento (como en Jesucristo), en el próximo con el que me encuentro, en la fragilidad”.

Conocemos a Dios en la fragilidad, Karen fue una asombrosa testigo, un confort y un solaz para muchos que la conocían, tanto en fortaleza como en debilidad. Muchos lo han expresado. Pero es verdad. Su calmada fortaleza, su humor de cara a los diagnósticos negativos, esto era contagioso. Y, Richard será el primero en decir que eso le ayudó a tener sus prioridades afirmadas. Admitirás, Richard, que fue difícil cuando te dabas cuenta que tu trabajo en tu misión no era posible de la misma manera, dada la condición de Karen. Debías regresar a casa. Tal vez reñiste con Dios. Ciertamente conociste la frustración de manejar las cosas desde la distancia, y dejando que otros asumieran por ti allí. Pero, ¿no hizo Dios un maravilloso trabajo en tu corazón? Todos hemos estado admirados y encantados de ver que en fidelidad y amor, dedicaste tu tiempo y tu atención a Karen. ¿Acaso tu amor, ya fuerte, no creció aun más profundo? Su sufrimiento te llevó a interesarte por las cosas que realmente importan, y a relativizar los ministerios y las causas porque siempre seguirán allí. Hemos aprendido tanto de ti Richard, y estamos profundamente agradecidos.

Aún más, la muerte de Karen nos demuestra que la muerte ha perdido la batalla. Está vencida, devorada en victoria. Esto nos da un gran ánimo. No todos mueren tan bien, tan plácidamente como Karen. Pero quienes lo hacen muestran el camino a quienes luchan mientras enfrentan su propio fin terrenal. Recordarán ustedes que al final de “El Peregrino”, en su viaje final a través del río profundo hacia la Ciudad Celestial, Cristiano pierde el valor. Y Esperanza tiene que recordarle que: “esas aflicciones y molestias, por las cuales estás atravesando en estas aguas, no son una señal de que Dios te haya abandonado, sino que son enviadas para probarte y ver si recuerdas lo que previamente has recibido de sus bondades, y vives por él en tus aflicciones”. Entonces ambos ven a Jesús y reciben ánimo, y ven al enemigo inmóvil como una piedra, impotente. “Por lo tanto, prevalecieron”, dice el texto. Vimos a Karen comenzando a cruzar confiadamente, y nosotros que tendemos a hundirnos, recibimos gran ánimo en su clara visión de Jesús.

*Cuarto, ¿dónde está Karen ahora? ¿La veremos otra vez? ¿Qué pasa en la muerte? El salmista que preguntó, “¿Te alabarás el polvo?”. Conocía en parte, lo que nosotros conocemos más plenamente. Esta es una de las mejores partes del evangelio. Sí, la veremos otra vez, y estará allí para recibirnos. “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis, dice el apóstol, acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza” (1 Tes. 4:13 RV1960). Estamos consternados. Este es un día triste, no uno feliz. Pero nos lamentamos con una esperanza que se abre paso, sabiendo que veremos a Karen de nuevo. “Así como creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios levantará con Jesús a los que murieron en él” (1 Tes. 4:14 RVC). El cielo será la gran reunión, el más grande regreso al hogar imaginable, todo orquestado por el único que dejó su familia, su gloria en el cielo, para venir y tomarnos y hacernos su esposa.*

Ahora, entonces, aguardamos. Estamos tristes porque ella ha partido. Ella está a la espera, como las almas bajo el altar, inquiriendo a Jesús cuándo él regresará a la tierra para finalizar la obra de traer justicia a la misma tierra. Y Jesús le está diciendo, “Toma esta túnica blanca de mi justicia, y descansa un poco más, hasta que el número de muertos esté completo. Y luego vendrás conmigo de regreso a la tierra, a compartir nuestra victoria final sobre el pecado y el mal”. Y entonces, Richard y Stephanie y Christine, y todos los que están cerca de ustedes, seremos reunidos y nada – *nada* – nos separará otra vez”.

*Quinto, y último, ¿qué hacemos ahora? ¿Cómo transcurrimos el tiempo mientras esperamos por aquel gran día?*

Ya he dicho que aguardamos. Esperamos con la paciencia que Dios nos da. Pero no esperamos en pasiva inactividad. Hay trabajo para hacer. Y lo hacemos con una motivación extra. Ahora lo hacemos para honrar su memoria, para emular su ejemplo. Como dice el himno:

Venid, trabajemos.  
¡Afuera con las oscuras dudas y temores sin fe!  
Aun el brazo tan débil podrá hacer el servicio aquí:  
Por débiles agentes nuestro Dios cumplirá su justa voluntad.

Venid, trabajemos.

Sin tiempo para descansar, hasta que brille el cielo occidental,  
Hasta que las largas sombras sobre nuestra senda reclinen,  
Y un feliz sonido llegue con el sol poniente, “Bien hecho, siervos”.

Y aún, incluso esta vida significante que podemos llevar y continuaremos llevando a través de la eternidad, buena como es, no podrá ser la primera y la última respuesta. Vean, tenemos algo mucho mejor, mucho más precioso que un cúmulo de buenas razones para las cosas malas. Tenemos a Dios mismo. Somos suyos, y, asombrosa verdad, él es nuestro también. Y entonces, lo que *hacemos* es conocerlo, y gozarlo, y darle alabanza y gloria. No alabamos un dios remoto, una deidad distante. Alabamos al Dios quien se hizo a sí mismo conocido por nosotros al compartir nuestra miserable condición:

”Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, quien nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que también nosotros podamos consolar a los que están sufriendo, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así también por el mismo Cristo abunda nuestra consolación” (2 Corintios 1:3-5 RVC).

Amén.

---

*William Edgar (M. Div., D. Th., D. D.) es Profesor de Apologética en el Seminario Teológico de Westminster, en Glenside, Pennsylvania.*

Este artículo es una transcripción editada del sermón del autor, dado en el servicio de recordación de Karen Smith el 21 de septiembre 2002, en Glenside, Pennsylvania. Karen falleció de cáncer de mama a los 46 años de edad. Richard es su esposo y Christine y Stephanie son sus hijas.